**DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN**

**S.A.I. Catedral, 1 de abril de 2018**

¡Feliz día de Pascua! ¡Cristo ha resucitado de entre los muertos, aleluya!

Agradezco a los sacerdotes canónigos del Cabildo Catedral la especial dedicación que han puesto para que todas las celebraciones litúrgicas de esta Semana Santa hayan sido una expresión de la liturgia del cielo en la que un día, si Dios quiere, participaremos eternamente.

Agradezco también a los sacerdotes de la diócesis los esfuerzos físicos y morales que han realizado estos días santos para confesar, celebrar y acompañar las procesiones de la Semana Santa en las parroquias de nuestra diócesis. Soy consciente que, a pesar de sus esfuerzos, no han podido llegar a todos los hermanos para llevarles la nueva vida en Cristo resucitado.

Saludo a las autoridades, las aquí presentes, y las que en distintos lugares de la diócesis se han dignado acompañar las procesiones y celebraciones pascuales. Valoro y agradezco su presencia entre nosotros como signo de reconocimiento de la presencia social de la comunidad cristiana católica que ora y trabaja por la justicia, la paz y el bien común de todos los pueblos.

Agradezco la labor tan ingente que han llevado a cabo las Hermandades y Cofradías de Astorga y de toda la diócesis. Han sido muchos miles de personas las que se han sumado para manifestar su fe y devoción a las imágenes que representan los misterios de la Pasión, muerte y resurrección del Señor. ¡Qué el Señor os conceda su paz y su consuelo!

Por último quiero saludar y agradecer la participación de tantos consagrados y fieles laicos en las celebraciones y procesiones de la Semana Santa. A pesar de las inclemencias del tiempo, os habéis acercado a contemplar en silencio y con admiración el Misterio Pascual que es el Misterio en el que se fundamenta nuestra fe.

El primer creyente en la resurrección del Señor es el discípulo amado a quien la tradición identifica con el evangelista y apóstol san Juan. Según el pasaje evangélico que hemos escuchado. Al escuchar lo que María Magdalena estaba contando acerca del sepulcro de Jesús, Juan corre para verificar lo que decía. Corre junto con Pedro y aunque llega primero, le cede el paso a Pedro indicando que él y sus sucesores serán la roca sobre la que se asiente su Iglesia. Juan, dice el evangelio, vio y creyó. ¿Qué es lo que vio Juan y le convenció para creer en la resurrección? Vio un sepulcro vacío y unas mortajas. No vio aparición de ángeles, ni del mismo Señor, como sucedió con María Magdalena y con Pedro y los demás discípulos. Fueron suficientes los signos externos para recordar las palabras del Señor: “Al tercer día resucitaré”. ¡Qué bien había retenido las enseñanzas del maestro reclinado sobre su pecho! Las había retenido; pero no las había entendido hasta que vio y creyó.

Quien está atento a las enseñanzas de Jesús y las hace vida para su propia vida, recibe del mismo Cristo el aumento de fe, esperanza y caridad. Juan recibió del Señor el regalo de su Madre cuando en su muerte se la entregó diciendo: “Ahí tienes a tu madre”. Y Juan recibe el día de Pascua el mayor de los regalos: la fe en la resurrección de Jesús.

Queridos hermanos: En este día de Pascua pidamos al Señor dos regalos: el aumento de nuestra fe y el don de la fe para quienes no creen. Nunca podemos decir que nuestra fe es plena. Siempre queda en nosotros ese espacio de duda que el Señor permite para sigamos creciendo en la fe, para que sigamos buscando su rostro, para que reconozcamos que él siempre nos sorprende por su grandeza. La fe en la resurrección no es fruto de nuestra capacidad intelectual sino de un encuentro vital con Él que vive para siempre. Acojamos con respeto este don de Dios y cuidemos de él como el mejor tesoro que da sentido y fundamento a nuestra existencia. Tengamos cuidado porque la fe es, a veces, tan débil como una vasija de barro que se puede romper en pedazos. Creer que Cristo resucitó de entre los muertos significa confiar que el amor transforma el mundo y lo hace más habitable para la familia humana. Significa también esperar una vida nueva, eterna, feliz y gloriosa con María y todos los que en Cristo han sido y serán redimidos.

Pidamos por los que no tienen fe ni la quieren tener. Por los que no buscan la verdad sino que viven la vida como autómatas y autónomos. Pidamos por ellos y ofrezcámosles nuestro testimonio de fe con humildad y amor sin afán de convencer sino de mostrar que sólo la verdad convence por la fuerza de la misma verdad. La verdad de Cristo resucitado convenció a Juan por sí misma. No necesitó de otros argumentos, ni siquiera de las apariciones. Él recibió la fe por la verdad que pudo ver en aquel sepulcro vacío sin el cadáver de su amigo Jesús.

En la Instrucción Pastoral *La Iglesia y los pobres* que hemos publicado los obispos españoles afirmamos que “Ignorar a Cristo constituye una indigencia radical. Como Cristianos nos duele profundamente la pobreza de no conocerle. Pero quien le conoce de verdad inmediatamente lo reconoce en todos los pobres, en todos los desfavorecidos, en “los pordioseros” de pan o de amor, en las periferias existenciales”.

Cristo ha resucitado y con su resurrección el mundo ha entrado en la verdadera y única nueva era, la de Cristo, principio y fin, alfa y omega de la historia del hombre. Confesemos con fuerza y con gozo que Cristo, muerto y sepultado, al tercer día resucitó de entre los muertos. A él la gloria, el honor y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

† Juan Antonio, obispo de Astorga